

Innovación y rebeldía

El futuro rol del bibliotecario

Edgardo Civallero

Conferencia presentada en el *Innovatics. VII Congreso Internacional sobre Innovación Tecnológica*, organizado por la DIBAM, la Biblioteca de Santiago, etc. Santiago de Chile, 24-25 de octubre de 2017.

There is no such thing as a new idea. It is impossible. We simply take a lot of old ideas and put them into a sort of mental kaleidoscope. We give them a turn and they make new and curious combinations. We keep on turning and making new combinations indefinitely; but they are the same old pieces of colored glass that have been in use through all the ages.

Mark Twain. "Mark Twain, a Biography", de Albert B. Paine, vol. III (1)

1. Formas de definirse

Una de las formas más comunes que utilizan los bibliotecarios para definirse y definir su rol, su papel, es describir su actividad. Lo que hacen a diario. Es algo que el colectivo de trabajadores y profesionales de las disciplinas del libro y la información tiene bastante claro: el "qué". Qué es lo que hacen.

También conocen el "cómo". Cómo hacer lo que hacen: el vasto arsenal de herramientas de análisis documental, organización de fondos, búsqueda de información y gestión de datos, que se ha visto exponencialmente multiplicado tras la revolución digital. El "quién" es un tanto más complicado: no todos los bibliotecarios comprenden con quién, o para quién, o por quién, o junto a quién desarrollan sus actividades. Tampoco tienen muy claro si deben tratarlos como usuarios, clientes o visitantes, o si son personas o números, o ambas cosas, o ninguna. Muchos, por cierto, prefieren no aventurarse en tales territorios y permanecen en el seguro claustro de la indefinición.

Sin embargo, un rol no puede definirse sin responder a dos preguntas clave: "por qué" y "para qué".

Tales cuestiones suelen estar ausentes de los debates. Suele pasarse de puntillas a su lado, como si nuestro sendero corriese a la vera de una bestia dormida a la que preferimos no despertar. Otras veces ambas preguntas —o alguna de ellas— se abordan, sí, pero de manera tangencial, y casi siempre desde un punto de vista teórico y aséptico, tomando suficiente distancia, y utilizando supuestos o categorías que no suelen guardar demasiada relación con la realidad.

El caso es que "por qué" y "para qué" suelen incomodar a ciertos bibliotecarios, probablemente porque no sabrían qué contestar. Otros aportan respuestas enlatadas, repeticiones de repeticiones de repeticiones de alguna definición atisbada en alguna recomendación, o intuida tras escuchar alguna conferencia, o estudiada en esa fotocopia de cierto manual que fue bibliografía obligatoria en una materia de la carrera.

Y esa es una de las debilidades principales de muchos bibliotecarios. Salen de las aulas al mundo real de las bibliotecas —o entran en él directamente— sabiendo qué hacer, cómo hacerlo y, con un poco de suerte, con quién. Pero no preguntaron —ni nadie se molestó en decirles— porqué o para qué.

Y sin un porqué o un para qué que den dirección y sentido, que motiven y comprometan, que animen y alienten, los profesionales pueden llegar a moverse como sonámbulos entre la niebla, o como autómatas repitiendo mecánicamente una tarea un día tras otro, sin más norte que las políticas de la biblioteca en la que trabajan ni más incentivo o aliciente que las pequeñas recompensas que la labor cotidiana les regala entre los estantes o al otro lado de un mostrador de referencia.

Ocurre que hay más que eso. Bastante más.

Es preciso señalar que a buena parte de la comunidad bibliotecaria le basta y le sobra con saber el qué, el cómo y, sobre todo, el cuándo y el cuánto. Para ellos la bibliotecología no es más que una tarea con la que ganarse la vida, y no merece disquisiciones filosóficas ni debates existenciales. El punto es que responder al por qué y al para qué no precisa, necesariamente, de un esfuerzo titánico o una desmesurada inversión de tiempo. Y, sin embargo, pueden proporcionar una enorme motivación.

Algo que siempre hemos necesitado. Algo que necesitaremos en los días inciertos que nos esperan.

2. Horizontes cambiantes

Somos habitantes y pasajeros de un mundo de horizontes cambiantes. Un planeta cuyos escenarios se han visto radicalmente alterados por la última revolución industrial —la que incorporó el petróleo a nuestras vidas y a la de todos los demás seres que conviven con nosotros— y por la revolución digital.

Hace unas pocas décadas, pocos —probablemente un puñado de soñadores visionarios, y un selecto grupo de escritores de ciencia ficción— hubieran soñado con la realidad en la que vivimos hoy. No, al menos, con que fuese *real*. Con autopistas de información amplias y densamente transitadas, y formatos de almacenamiento de cualquier tipo de dato, y una hiper-conectividad cuasi-absoluta, y una comunicación tan constante como inverosímil... Para los hijos de la Guerra Fría, nuestro mundo contemporáneo puede llegar a parecer el resultado de la imaginación calenturienta de un guionista de Hollywood.

Y, sin embargo, aquí estamos.

Aquí estamos también con una "nave Tierra" castigada por todos los residuos de la actividad humana: con todo tipo de gases en la atmósfera que respiramos, y de microplásticos en el agua; con basura espacial en la estratosfera, por encima de nuestras cabezas, y cementerios nucleares y contaminación freática bajo nuestros pies, y enormes basureros de materiales que tardarán siglos en descomponerse, y una deforestación que ha superado todas las preocupaciones, y una brutal pérdida de biodiversidad, y un cambio climático ya gastado de tanto nombrarlo, y la superpoblación humana, y el agotamiento de los recursos naturales renovables, y... La lista podría ocupar unas cuantas páginas, mientras que la causa de todo puede resumirse en un par de oraciones: el crecimiento desmesurado de las sociedades humanas más allá de los límites biofísicos del planeta, y de un modelo extractivista-consumista sin parangón en la historia.

Nos enfrentamos a un panorama futuro que oscila entre la distopía planteada por unos —crisis medioambiental total, sequías, hambrunas, epidemias, muertes masivas, terribles conflictos armados por el control de recursos tan básicos como el agua— y la utopía tecnológica de otros: un mundo cuyos problemas serán solucionados en breve merced a una serie de avances tecnológicos actualmente en desarrollo. O una humanidad que seguirá viviendo en algún planeta cercano, al que emigrará gracias a otra serie de avances tecnológicos ya en marcha. Sea lo que sea lo que nos espera —los

macabros horrores apocalípticos o el rosado escenario del *wishful thinking* de Silicon Valley y sus asociados—, la voz de alarma ya ha sonado varias veces. La última ha tenido lugar con el lanzamiento, por parte de la ONU, de la Agenda 2030, que incluye 17 objetivos de desarrollo sustentable y casi dos centenares de metas concretas a alcanzar entre 2020 y 2030. Metas terriblemente ambiciosas, que dejan a las claras la urgencia por lograr soluciones que garanticen la supervivencia de nuestra especie en un planeta en donde se pueda llevar una vida con cierta dignidad.

En semejante escenario, los profesionales de la información —información que implica poder y capacidad de cambio— deben definir claramente su rol, sus compromisos, sus responsabilidades. Como gestores de la memoria colectiva y del patrimonio intangible de la humanidad, como profesionales del conocimiento, deben definir, urgentemente sus porqué y sus para qué.

Y deben hacerlo asumiendo todos los riesgos.

3. Indefiniciones

Los currículos universitarios, los programas académicos o los manuales de estudio de las disciplinas del libro y la información pocas veces incluyen menciones a conceptos tales como "responsabilidad social", "acción política", "militancia" o "compromiso". No son pocos los estamentos oficiales de esas disciplinas (desde cátedras hasta consejos editoriales de potentes publicaciones académicas) que rechazan de plano tales conceptos, por considerarlos ajenos a la labor de un bibliotecario o de un documentalista. Limitan el trabajo al "qué" y al "cómo", y a algún tímido remedo de "por qué" o "para qué" que tranquilice conciencias y permita realizar las tareas de forma más o menos automática.

Afortunadamente, en este panorama un poco conformista y otro poco desinteresado existen excepciones: profesionales comprometidos, que militan por una serie de valores básicos, y activistas del conocimiento y la memoria, conscientes del valor del bien que manejan y de las posibilidades de cambio y de crecimiento que permiten. Son ellos los que plantean —a veces sin ser conscientes de ello siquiera— que otra biblioteca es posible.

Una biblioteca que se piense y se entienda como parte intrínseca de su comunidad: un órgano más del cuerpo social, vital, necesario. Una biblioteca que se sepa importante y

que comprenda lo mucho que puede hacer por sus usuarios, por su gente, incluso con recursos limitados. Una biblioteca que interactúe, que establezca todo tipo de relaciones. Una entidad viva, abierta, colaborativa y participativa. Una biblioteca atenta a los cambios y problemas de su entorno, a las posibilidades y carencias, a las ausencias y presencias. Una biblioteca en continua evaluación y reformulación pero, al mismo tiempo, fiel a una serie de valores esenciales que le sirvan de raíces. Una biblioteca que asuma un rol de punto de referencia, de refugio, de guía: el norte en la brújula de los saberes y las memorias, el rincón en el que recalar durante o después de la tormenta o, simplemente, un lugar seguro en el que reposar.

Para ello, para todo ello, es preciso definir, en primer lugar, los porqués y los para qué. Algo que todos los bibliotecarios comprometidos han hecho, de manera consciente o inconsciente, de una forma u otra. Algo que es promovido y reivindicado por los movimientos bibliotecarios progresistas, críticos y sociales.

Una serie de buenas razones que actúen, a la vez, como el timón del barco, y como el viento que empuja sus velas y le permite ir un poco más allá.

4. Los roles posibles

Hay muchos porqués y para qué y, por ende, muchos roles bibliotecarios posibles: todo depende del marco desde el cual se analice. Plantearé aquí un rol que se defina desde el inconformismo y la rebeldía, es decir, desde la no aceptación, la revisión crítica e incluso la resistencia a una serie de normas, valores y acciones cuya utilidad ha demostrado ser dudosa, sino nula, ante los problemas que afectan a la sociedad global (buena prueba de su inutilidad es que esos problemas siguen activos).

Como muchos otros elementos que forman parte de nuestras sociedades, las bibliotecas se construyen y funcionan sobre un entramado de categorías, ideas, preconceptos, prejuicios, olvidos, negaciones y un buen número de supuestos, que son aceptados y puestos en juego sin demasiado análisis previo. Ya sea por comodidad o simple costumbre, no se les echa una mirada crítica, no se los cuestiona demasiado. Se los acepta sin más y se los aplica, se los pone en práctica, se los ejecuta.

De esta forma se perpetúa, por ejemplo, un colonialismo del conocimiento que da preponderancia a la palabra escrita en formato libro o artículo, producida por fuentes autorizadas desde posiciones generalmente hegemónicas (o alejadas pero aceptables)

y en lenguas oficiales. En un continente como América, este modelo deja fuera de las colecciones bibliotecarias, por ejemplo, a una cantidad nada desdeñable de conocimiento indígena y campesino, que podría aportar datos valiosos en un contexto de búsqueda de desarrollo sostenible, pero que hasta tiempos recientes ha figurado en los fondos bibliotecarios y documentales de manera testimonial — si es que ha figurado.

Este colonialismo —uno de los principales problemas teóricos y de fondo que afectan a buena parte de las bibliotecas latinoamericanas— excluye asimismo a formatos de almacenamiento informativo distintos de la palabra impresa o escrita o, como mucho, de los soportes audiovisuales. Así, queda fuera la práctica totalidad de la tradición oral —exceptuando el mínimo porcentaje recogido hasta la actualidad en audio y video— y expresiones culturales como pinturas, cestería o cerámica, todas ellas transmisoras de un importante acervo de conocimientos, buena parte de los cuales se encuentra en peligro de desaparición. Un peligro que afrontan otras lenguas distintas de las oficiales o dominantes, que se ven muy poco reflejadas en las bibliotecas, aunque parte del problema es que también se ven pobremente reflejadas en los catálogos de las editoriales que alimentan esas bibliotecas, incluyendo muchas prensas gubernamentales.

La importancia y la visibilidad que se le da a ciertos discursos al tildarlos como "válidos" y la facilidad con que se descarta y se invisibiliza a otros etiquetados como "no válidos" muestra otro de los sesgos poco analizados por las disciplinas del libro y la información. Uno que deja fuera de las colecciones bibliotecarias a los habitantes de las barriadas y de las zonas periurbanas, a los trabajadores de determinados sectores, a las clases llamadas "populares" y "humildes", a los actores políticos entendidos como "subversivos", a los colectivos sociales tildados de "rebeldes" o "revolucionarios"... Pocos de ellos suelen aparecer, y si lo hacen, suelen ser el objeto de análisis, comentario y explicación de una voz autorizada, generalmente académica: la voz dominante, la hegemónica, la del sistema que muestra y explica esos *glitches*...

Es imposible avanzar con semejante lastre, cargando mochilas de esa magnitud. Los prejuicios, los estereotipos y los preconceptos terminan convirtiéndose en barreras que taponan todos los caminos existentes menos uno o dos: los correctos, los buenos, los aceptables. Que suelen ser los controlados, los pre-diseñados, los que se ajustan exactamente al discurso oficial y al *statu quo*, lo aplauden, lo reproducen y lo perpetúan. Es como jugar con una baraja a la cual se le hayan eliminado todos los naipes menos uno: las posibilidades se limitan muchísimo.

A pesar de lo que pueda parecer, especialmente por las expresiones de algunos exaltados actores de la arena socio-política y cultural, romper con estas trabas y estas barreras no precisa necesariamente del incendio y la destrucción de la realidad que nos rodea. Basta con sentarse frente a ella con una mirada crítica, inconformista, rebelde...

Se hallarán muchas cosas interesantes. Cosas que hasta ahora no se han encontrado o que, de haberlo hecho, han sido vistas y tratadas como minoritarias, "alternativas" o *underground*.

Encontraremos que la memoria colectiva y el conocimiento son infinitamente más amplios que lo contenido en los documentos escritos o audiovisuales de todas nuestras colecciones. Que buena parte de ese conocimiento ha sido tradicionalmente transmitido, compartido, modificado y utilizado de forma libre y cooperativa, sin restricciones legales; de hecho, el corpus de tradición oral actualmente en uso incluso en comunidades urbanas ha sido seleccionado, ajustado y "curado" por generaciones y generaciones. Se trata además de un conocimiento rico, plural y multifacético, ya que, lejos de quedarse con un único abordaje de un fenómeno —el oficial, el bueno— acepta e incluye muchos otros que, aun llenos de problemas, también aportan significados.

Encontraremos que este acervo intangible, desacreditado una y otra vez por no haber pasado supuestos controles de calidad, puede aportar elementos muy valiosos para entender el entorno natural, la comunidad y su identidad e historia, e incluso muchos de los problemas y conflictos que los aquejan. Se trata de un conocimiento construido colectivamente a lo largo del tiempo, y por ende suele incluir muchos más puntos de vista, perspectivas, opiniones, creencias y pensamientos que la historia y el discurso oficiales y dominantes, diseñados para apoyar y difundir una serie limitada de valores e ideas.

Encontraremos que las formas de codificación, los canales de transmisión y los soportes utilizados para almacenar y transmitir tal conocimiento son mucho más variados en comparación con los utilizados y aceptados hasta el momento por las bibliotecas, los cuales son bastante limitados. No solo son elementos mucho más ricos, sino que tienen vínculos más fuertes, profundos, duraderos y significativos con la sociedad que los produce, y representan mucho mejor su naturaleza, su idiosincrasia, su forma de ser y de entender el mundo, su manera de verlo.

Los códigos empleados también cambian. La lengua estándar oficial deja paso a otros idiomas —generalmente etiquetados como "minoritarios" aunque no siempre sean

hablados por minorías demográficas— e incluso a formas dialectales y variantes lingüísticas utilizadas por determinados colectivos y sectores sociales. Estas lenguas y dialectos han sido tradicionalmente dejados de lado, a veces como parte de un proyecto de nación que ha requerido la aculturación de sus ciudadanos (imponiendo cultura e idioma a través de escuelas, bibliotecas, medios de comunicación...) y que ha buscado ningunear o eliminar cualquier presencia distinta o disidente; otras, por la creencia en una forma lingüística correcta y aceptable y, por ende, mejor o superior a las demás, las cuales, desde esa perspectiva, no merecen un sitio en los estantes de la biblioteca. Por no merecer, no merecen siquiera que se gaste tinta y papel en ellas.

Encontraremos historias y memorias "pequeñas" narradas en primera persona, cuando el estándar suele necesitar de un intermediario —generalmente con formación académica— que recolecte, analice, presente y explique esas voces. Tal filtro suele desproveer a las historias y memorias recolectadas de todo su valor, y nos encontramos entonces ante productos que presentan al otro —un otro que no necesariamente es un extraño lejano; puede muy bien ser nuestro vecino— como una curiosidad, como un espécimen puesto bajo la lupa. Muchos de los libros de nuestras bibliotecas que se ocupan de esos sujetos y esos temas dicen estar "dando voz a los sin voz", cuando lo único que hacen, la mayor parte de las veces, es perpetuar la mordaza que el sistema les ha puesto a esos "sin voz".

Encontraremos contenidos, temas y soluciones que han sido abandonados, desconocidos o sistemáticamente ignorados por el discurso oficial, que tiende a ver todo aquello externo a sus fronteras como algo no digno de confianza y, por ende, de calidad dudosa, incierto o no verdadero. Así se perpetúan modelos de comportamiento y acción que nos han llevado, por ejemplo, al consumo irracional de recursos naturales, un problema para el cual existen advertencias en todas las literaturas orales tradicionales de América Latina y del mundo. O a graves roturas y brechas en el tejido social, otro inconveniente que numerosas tradiciones y costumbres populares intentan evitar o subsanar.

Sentarnos frente a nuestra memoria colectiva con una mente abierta, dispuesta a dejar de lado todos los supuestos y los preconceptos con los que habitualmente cargamos los profesionales de la información, puede suponer una verdadera revelación. Una a la que seguirá otra no menos sorprendente: la noción de que el inconformismo, la rebeldía ante normas y formas de pensamiento impuestos sin más y la búsqueda crítica, si se ponen en práctica sistemáticamente, pueden deparar muchos beneficios.

Al contrario de lo que el discurso oficial dice sobre la rebeldía, el inconformismo y la crítica.

5. Porqués, para qué

Desde esta perspectiva, puede decirse que un bibliotecario trabaja porque hay un enorme universo de conocimiento —la memoria humana, el patrimonio intangible de nuestra especie— que rescatar, recolectar, aprender, comprender, disfrutar, compartir, divulgar, estudiar, analizar y organizar. Un bibliotecario trabaja porque es el gestor de esa memoria, porque sabe "cómo" hacerlo y porque, al contar con las destrezas y las herramientas necesarias para llevar a cabo todo lo anterior, asume una responsabilidad social, un compromiso con su comunidad y con todos sus pares. Un bibliotecario trabaja porque sabe o intuye que dentro de ese caudal de saberes que pasa por sus manos —y los muchos aún por recoger— pueden estar las respuestas a los miles de preguntas, grandes y pequeñas, que afloran en los labios de sus usuarios. Un bibliotecario trabaja porque sabe que cada vez que solventa una pregunta con las respuestas que encuentra en su colección, está abriendo una puerta al cambio, al crecimiento, al desarrollo, a la mejora. Trabaja porque entiende que con su labor tiende puentes sobre brechas — o las sogas que otros continuarán entrelazando para completar ese puente. Un bibliotecario trabaja porque comprende que cada migaja de saber humano que coloque en los estantes de su biblioteca es una migaja que no será devorada por el olvido, la muerte o el silencio. Un bibliotecario trabaja también porque necesita un sueldo y un puesto estable, sí. Pero todos los demás "porqués" posibles —los señalados aquí son un mínimo intento de esbozo inicial— le dan mayor sentido a eso que hace. Le dan proyección, le pintan un camino y el horizonte hacia el que ese camino se dirige. Le dan una razón —o varias— para dar un paso y otro, y otro más. Para seguir estudiando y aprendiendo. Para luchar, si hace falta. Para resistir, siempre. Y para enseñar a pensar y a disfrutar haciéndolo.

¿Para qué trabaja un bibliotecario, desde esta perspectiva? Para que las generaciones venideras puedan acceder a la memoria colectiva que nosotros recibimos en herencia y supimos mantener, como un eslabón más de una cadena de siglos.

Para que esas generaciones tengan que sufrir la menor cantidad posible de nuestros errores, nuestras cobardías, nuestras negligencias y estupideces.

Para que el mundo que dejemos sea un poco mejor (o, al menos, no mucho peor) que el que recibimos como herencia de nuestros antecesores.

Para que la comunidad en la que trabaja tenga acceso libre al conocimiento, especialmente a esa información estratégica que permite solucionar problemas críticos, y a la memoria que permite mantener las muchas identidades que proliferan en una sociedad y, por ende, una saludable pluralidad.

Para apoyar las investigaciones y los estudios que lleven a solventar nuestra precaria situación actual, y las creaciones artísticas y las costumbres cotidianas que nos permiten seguir siendo humanos pese a todo.

Para reforzar las redes de relaciones que nos unen, cada vez más deshechas en un mundo que celebra el individualismo.

Para recordar de dónde venimos, un paso esencial para saber quiénes somos, donde estamos parados y qué opciones tenemos a la hora de echarnos a andar hacia el futuro.

Para ser mejores profesionales, sí, y también mejores hortelanos, mejores carpinteras, mejores tejedores, mejores matronas y productores de queso — que son profesionales también, aunque el modelo actual parezca olvidarlos y plantee como modelo una vida virtual sin demasiada conexión con la realidad.

He aquí, pues, una selección de porqués y para qué basados en una postura inconformista (aunque no necesariamente derivados de ella). Unos motivos y unos fines que pueden guiar la labor del bibliotecario futuro (y del presente), y que pueden definir uno de los muchos roles a desempeñar.

Un rol que necesitará de toda la innovación posible para hacerse realidad.

6. Innovaciones

A pesar de lo que pueda desprenderse de las reacciones y actitudes de los entusiastas de la revolución digital, innovar no significa descubrir algo nuevo, ni implica necesariamente que deban utilizar las últimas novedades tecnológicas.

No es preciso buscar la aplicación —alguna, verdaderamente absurda— de la última pieza de *software* lanzada para determinado sistema operativo, o de la enésima *app* concebida para tal o cual marca de *smartphone*. Innovar significa buscar una solución o una respuesta nueva a un interrogante o un problema. Y por "nueva" se entiende "que no se haya hecho antes". No, al menos, de esa forma.

Así, a veces basta con dejar de hacer para lograr que una situación cambie. Esa sería —aunque no lo parezca— una respuesta innovadora. Y lo cierto es que, en un mundo tan lleno, tan ruidoso, tan acelerado, tan densamente poblado de brillos y cosas, detenerse y quedarse en silencio puede bastar para lograr un cambio radical en el estado de las cosas.

El planeta y todos sus habitantes, humanos o no, necesitan que todas las mentes innovadoras se pongan a trabajar de inmediato. Como queda dicho, son muchos los problemas que nos acechan, y la ventana de oportunidad para solucionarlos se va cerrando inexorablemente. La Agenda 2030 de las Naciones Unidas se ha dado un plazo máximo de trece años para aplicar soluciones y lograr situaciones que, a simple vista, parecen terriblemente ambiciosas. La realidad es que no lo son, y que no hay tiempo que perder: no son pocas las voces científicas que señalan que muchos de los problemas que enfrentamos (y que están incluidos en la Agenda) son ya irreversibles: se ha cruzado un punto de no retorno y no hay nada que se pueda hacer ya al respecto. Otros, sin embargo, aún aceptan una solución. Pero solo si actuamos con urgencia.

La base del trabajo de cualquier innovador es la información. Cuanta más y mejor información, mayores posibilidades y herramientas tendrá a mano, mayor será el espectro de ideas, y más profundos los cimientos que pueda construir. Los profesionales de las disciplinas del libro y el conocimiento enfrentan, pues, un reto nada desdeñable: alimentar la maquinaria intelectual que ayudará a cumplir una de las agendas más ambiciosas de la historia humana. Una que esta vez no puede quedarse solo en un conjunto de buenas intenciones. Precisa ser alcanzada, al menos si valoramos en algo la supervivencia y el bienestar de nuestra especie a nivel global.

Aunque no aparezca señalada en ninguno de los 17 objetivos de desarrollo sustentable, la diversidad cultural del planeta también se ve amenazada. Han desaparecido centenares de lenguas y culturas y, con ellas, bibliotecas enteras de conocimientos que nunca podrán rescatarse. Con cada hilo que se pierde —por pequeño e insignificante que parezca desde las posiciones culturales dominantes— el tapiz humano se empobrece y se debilita, y terminará convirtiéndose en una simple malla que no

soportará el menor embate. Se trata de otro desafío para los gestores de la memoria: de nada servirá llegar a un futuro sostenible y superar el llamado "siglo de la Gran Prueba" si llegamos deshechos, sin memoria ni identidad ni patrimonio intangible, desnudos de ideas y recuerdos, vacíos de sueños y esperanzas comunes.

Colocados en una posición inconformista y rebelde, provistos de sus porqué y sus para qué —es decir, de sus motivos y fines—, conscientes de su rol en el tablero local y mundial, los bibliotecarios y sus pares también se verán forzados a innovar. (De hecho, para muchos de ellos haberse hecho preguntas críticas y haber reflexionado sobre su papel ya constituirá un cambio profundo). Pero será preciso ir mucho más allá: habrá que solucionar problemas con los recursos a mano —recursos que probablemente sean cada vez menos abundantes, o que se concentren cada vez en menos manos— para poder seguir trabajando y ser capaces de desempeñar el rol elegido.

A la hora de innovar, es menester tomar en consideración las interesantes posibilidades planteadas por las humanidades digitales.

7. Humanidades digitales

Las humanidades digitales son el producto del encuentro entre las disciplinas tradicionalmente conocidas como "humanidades", las nuevas tecnologías digitales y la cultura de Internet. Componen un área de actividad académica —investigación, docencia, publicación— caracterizada sobre todo por la aplicación masiva de tecnologías y recursos digitales, pero también por la emergencia de nuevos valores, estrategias de acción y métodos de trabajo (colaborativos, transdisciplinarios), y por la sistemática reflexión crítica sobre el uso y el impacto de las TICs en las ciencias sociales.

Con una historia breve pero intensa a sus espaldas, las humanidades digitales buscan integrar lo mejor y eliminar lo peor de los elementos que convergen en ellas. Así, toman del mundo académico sus métodos, su solidez, su honestidad intelectual y su sentido crítico y descartan las jerarquías, las vanidades y honores, los egoísmos y personalismos, las "torres de marfil" y las "vacas sagradas", el individualismo y la búsqueda de provecho propio. De las nuevas tecnologías toman aquello que pueda ser sostenible a largo plazo, especialmente el código abierto y las plataformas colaborativas, además de herramientas ya ampliamente divulgadas, como las bases de datos, la minería de datos o la edición digital. Y de la cultura de Internet rescatan sobre todo la creatividad, el cooperativismo, la inteligencia colectiva, la pluralidad y multidisciplinariedad, el

conocimiento abierto, la imaginación y el ingenio a la hora de buscar y encontrar soluciones.

Las humanidades digitales buscan aprovechar las nuevas TICs para fomentar y facilitar el intercambio activo de ideas, la participación en proyectos plurales y colectivos, y la construcción y el mantenimiento de comunidades, y de esta forma mejorar la calidad de la investigación, promover la construcción de nuevos saberes y experiencias, y enriquecer el conocimiento humano y el patrimonio colectivo, en la esfera académica y más allá. Para las humanidades digitales, la información no es un bien de consumo a controlar, sino un bien social que debe ser compartido y reutilizado. Ellas mismas no hacen sino promover una actividad académica innovadora como bien público, que debe ser practicada de forma abierta y colaborativa.

Inmersas en un contexto semejante, las disciplinas del libro y la información deberían ir más allá de los potenciales usos y aplicaciones de las diferentes y variopintas novedades tecnológicas que nos sorprenden prácticamente a diario, y enfocarse en las nuevas dinámicas, valores y visiones que proponen las humanidades digitales.

Podrían —y esta es solo una de las muchas sugerencias posibles— aprovechar las plataformas y los canales de comunicación virtuales para crear comunidades que recolecten y organicen experiencias bibliotecarias pasadas y presentes, y trabajar sobre ellas para responder a nuevos problemas y situaciones. Deberían, sobre todo, explorar las experiencias hasta ahora desarrolladas en los márgenes del sistema, fuera del radar, al costado del mundo oficial. Esas experiencias suelen ser fruto del trabajo de verdaderos innovadores que, sabiéndolo o no, echaron mano de todas sus capacidades, su creatividad y los elementos disponibles para dar respuesta a unas necesidades de información determinadas o para sacar adelante una biblioteca en una situación crítica, sin apenas presupuesto o medios o sin ninguna formación previa. Estas experiencias — y sus autores— deberían alimentar y nutrir a las comunidades de humanistas digitales, inspirándolos y permitiéndoles ver otras facetas de su profesión, otras posibilidades, otras realidades.

Latinoamérica es riquísima en tales experiencias, prácticamente no sistematizadas: desde bibliotecas que se mueven en mochilas o hechas en su totalidad de libros cartoneros a archivos virtuales de lenguas indígenas en peligro grabados con teléfonos móviles y distribuidos a través de YouTube, pasando por redes bibliotecarias pequeñas que actúan como cooperativas regionales de cultura e información en zonas aisladas y de bajos recursos, o biblio-bicicletas y clubes de lectura y alfabetización al aire libre.

Las ideas y experiencias fueron y son miles. Imaginar todo eso como combustible alimentando una comunidad interconectada que agrupe profesionales de las disciplinas del libro y la información y de otras disciplinas relacionadas, interesados en dejar de lado trilladas normas y estándares y en explorar otras estrategias, herramientas y metodologías, y usar semejante estructura para construir proyectos destinados al bien común y a un mundo sostenible cumpliendo uno de los muchos roles bibliotecarios posibles, es estar imaginando uno de los potenciales futuros de la profesión.

Uno abierto, colaborativo, que busque la construcción y la mejora a partir de lo mucho o poco que haya a mano.

8. Caminos

Sea mirando hacia un futuro distópico de climas cambiantes, catástrofes ambientales, conflictos y decrecimiento, sea mirando hacia una utopía tecnológica futurista, sea moviéndonos hacia una posición intermedia, los pasos de las disciplinas del libro y la información deberían pasar por una etapa de búsqueda y definición de motivos y fines, de porqués y para qué, y por otra de establecimiento de roles que pongan en duda los modelos tradicionales, que afronten el trabajo desde una posición crítica, iconoclasta e incluso irreverente. Es preciso definir y fijar unos valores profesionales básicos, identificar metas y objetivos de la mano de la comunidad de usuarios, y plantear proyectos y acciones conducentes a la mejora, al cambio, al crecimiento intelectual...

Será necesaria, para ello, una actitud innovadora. Pues los obstáculos, las carencias, las ausencias, las trabas y los inconvenientes se irán multiplicando, serán más difíciles de abordar, y habrá menos recursos disponibles para ello. Será preciso aguzar el ingenio, desplegar la creatividad, construir estrategias, recolectar todas las herramientas y los saberes posibles, y ponerse manos a la obra.

Una labor que se podrá llevar a cabo desde el marco de las humanidades digitales, en el seno de comunidades plurales, trabajando colaborativamente con conocimiento abierto. Y una en la que, como siempre han hecho las bibliotecas, se intentará proteger uno de los bienes más valiosos y frágiles de nuestra especie: nuestra memoria. El patrimonio intangible.

Será una travesía agotadora y llena de retos. Una que nos obligará a deshacernos de muchas de nuestras falencias y de nuestros defectos, a adquirir nuevas destrezas y a revisar lo que sabemos y lo que creemos.

Espero que la disfruten.

Lecturas

Burdick, Anne *et al.* (eds.) (2012). *Digital Humanities*. Cambridge (MA): The MIT Press.

Civallero, Edgardo (2012). *Contra la "virtud" de asentir está el "vicio" de pensar: Reflexiones desde una bibliotecología crítica*. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/95.pdf>

Civallero, Edgardo (2016). *Un faro, un puerto: De bibliotecas, máquinas y pérdidas*. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/145.pdf>

Civallero, Edgardo (2016). La biblioteca como trinchera. *Fuentes, Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional*, 10 (45), septiembre, pp. 65-72.

Civallero, Edgardo (2017). Recuperando las hebras que nos componen. *III Encuentro INELI Iberoamérica "Las bibliotecas públicas como artífices de la construcción del tejido social"*. Medellín (Colombia): CERLALC-UNESCO, Fundación Germán Sánchez Ruipérez. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/168.pdf>

Schreibman, Susan *et al.* (eds.) (2004). *A Companion to Digital Humanities*. Oxford: Blackwell Publishing.

Terras, Melissa *et al.* (eds.) (2013). *Defining Digital Humanities. A Reader*. Surrey: Ashgate Publishing Ltd.